

PARTE 1. EL MONTE

Escena 1. La venda.

(ISABEL está sentada en una esquina. Agazapada. Sola con sus pensamientos. Tiene las manos atadas a la espalda y una venda cubre sus ojos. Durante el monólogo de ISABEL entra JOSEFINA en silencio. ISABEL no nota su presencia. Fuera está atardeciendo.)

ISABEL.- Fue por la mañana cuando me cogieron. Una noche hemos dormido al relente y cuando me han metido aquí debía estar oscureciendo porque las cigarras empezaban a cantar. Casi dos días de viaje a pie. Despacio. Conducir a una persona con los ojos vendados siempre hace que la marcha sea más lenta. Pero no he tropezado ni una sola vez. No les he querido dar el gusto de verme sentir miedo. Hemos subido una montaña que luego hemos vuelto a bajar por la otra cara. Hemos atravesado un río caudaloso. He escuchado ladridos de perros así que seguramente hemos pasado cerca de algún poblado o de la cabaña de algún pastor. Olor a pino. También castaños. Los castaños cerca del río. Los pinos en la montaña. Barro. Mucho barro. Y en un tramo olor a carbón. Un olor penetrante. Seguramente una mina en funcionamiento. Por la noche escuché algún cencerro así que debimos acampar en un valle. Eran cinco hombres. Quizás cuatro. Sus voces eran nuevas para mí. Uno joven, sí, muy joven. Los demás no sé... Piensa. Tienes que acordarte. Uno estornudó al pasar el río. Otro le dijo: Salud. El que habló debía tener unos cincuenta. Una voz ronca, y contundente, como un trueno. Un hombre grande, seguramente. Los otros dos, o tres... ¿Por qué no me fijé cuando nos asaltaron? Fue todo tan rápido. Los gritos... los disparos... Cerré los ojos y me tiré al suelo. Pensé que me iban a matar. O algo peor. Mucho peor. ¿Pero por qué me han dejado con vida?

JOSEFINA.- Isabel.

ISABEL.- ¿Por qué me han traído aquí? Son milicianos, sin duda. Guerrilleros del monte. Locos que se resignan a perder la guerra.

JOSEFINA.- Isabel.

ISABEL.- La guerra terminó hace mucho... También escuché una voz de mujer cuando llegué. Una voz que me resultó familiar. Apenas pude escuchar dos palabras... ¿Qué dijo? Imposible acordarme. Hablaban todos a la vez.

JOSEFINA.- ¿No me oyes?

ISABEL.- Una mujer mayor, de unos cincuenta. Su tono era áspero, pero su timbre muy dulce. ¿Dónde escuché antes esa voz?

JOSEFINA.- Han pasado muchos años.

ISABEL.- *(Se sobresalta. Por primera vez se da cuenta de que no está sola.)* ¿Quién habla?

JOSEFINA.- Soy yo. Esa voz que escuchaste anoche.

ISABEL.- ¿Nos conocemos, verdad?

JOSEFINA.- Nos conocemos. (*JOSEFINA lucha para evitar emocionarse.*)

ISABEL.- ¿Quién eres?

JOSEFINA.- ¿No lo sabes?

ISABEL.- No eras mi amiga, porque nunca olvidaría la voz de una amiga. Si nos conocimos en el pasado la situación actual nos convierte en dos extrañas. Así que seas quien seas, supongo que nada cambia para mí.

JOSEFINA.- No deberías estar aquí.

ISABEL.- ¿Por qué no se lo dices a tus compañeros?

JOSEFINA.- De todas las personas del mundo eres la última a la que hubiera querido ver en esta situación.

ISABEL.- (*Distante. Irónica.*) ¡La última! Se dice pronto. ¡Cuánto honor!

JOSEFINA.- No se puede dar marcha atrás. Aunque nos conozcamos. (*Pausa.*) Aunque nos hayamos conocido hace años.

ISABEL.- ¿Éramos amigas?

JOSEFINA.- No.

ISABEL.- ¿No me vas a decir quién eres?

JOSEFINA.- No.

ISABEL.- Juegas con ventaja.

JOSEFINA.- Ojalá todo esto fuera un juego. (*Pausa.*) No puedo creer que hayas olvidado mi voz.

ISABEL.- Tienes una voz muy común. Podrías ser una vecina, una compañera de colegio, la dependienta de alguna tienda a la que solía ir... Porque amigas ya me has dicho que no éramos.

JOSEFINA.- Por desgracia nunca fuimos amigas.

ISABEL.- ¿Por desgracia?

JOSEFINA.- Supongo que es normal que te hayas olvidado de mí.

ISABEL.- (*Hastada, cansada del juego.*) Tengo hambre.

JOSEFINA.- Comerás cuando comamos todos. Aquí sólo hacemos una comida al día. Puedo ir a buscarte un palo de regaliz para engañar el estómago, si quieres.

ISABEL.- No me gusta chupar ramas de madera.

JOSEFINA.- Es todo lo que puedo ofrecerte.

ISABEL.- En la cárcel al menos os darían tres comidas al día.

JOSEFINA.- ¿Qué sabes tú de la cárcel?

ISABEL.- Durante unos meses estuve ayudando a un ganadero a repartir leche por varias cárceles del norte. En su mayoría eran cárceles de mujeres. También llevaban carne y, cuando se podía, pescado. En las cárceles se desayuna café con pan reciente.

JOSEFINA.- ¿Eso crees?

ISABEL.- Te estoy diciendo que yo misma...

JOSEFINA.- ¿Tú misma qué? ¿Repartías el desayuno?

ISABEL.- No, pero...

JOSEFINA.- ¿Desayunaste con las presas alguna vez?

ISABEL.- Te estoy diciendo que llevaba la leche.

JOSEFINA.- Y me parece generoso por tu parte. No dudo que dejaras la leche en la puerta de la cárcel. Pero de ahí a que esa leche llegara a las mesas del desayuno...

ISABEL.- ¿Crees que soy una mentirosa?

JOSEFINA.- ¿Has hablado alguna vez con una presa?

ISABEL.- No.

JOSEFINA.- No puede mentir quien cree que una mentira es verdad. No eres una mentirosa. Pero esa cárcel de la que hablas no existe. Por eso, entre otras cosas, seguimos luchando. Y no nos importa tener que hacer una comida al día, te lo aseguro. Ni chupar ramas de madera. El cuerpo resiste porque el alma es fuerte. Llevo tres años escondida en los montes. Durmiendo en el suelo. Pasando hambre, frío y mucho miedo. Pero ni el hambre, ni el frío, ni el miedo me han hecho dudar, ni por un instante, de que éste es mi lugar. No desearía estar en ningún otro sitio. No podría dormir en una cama sin haber luchado contra la tiranía. No podría hacer tres comidas al día sabiendo que no hay libertad en este país.

ISABEL.- *(Muy tímida. Casi en un susurro.)* ¿Josefina?